

exLUNA
DE Miel



NINA KLEIN

EX-LUNA DE MIEL

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2019, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Aviso importante

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Avance de “Romance en la Oficina”

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia corta con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años.

UNO

GRETA

*M*i matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord, si no cuento a los famosos —y no famosos— que se casan en Las Vegas.

Cerré los ojos y conté mentalmente: cinco días de matrimonio pero cuatro de luna de miel, así que me quedaban once días. Once días en el resort de cinco estrellas todo incluido —y cuando digo todo digo *todo*: de restaurantes, bebidas y masajes al spa; todo— de Aruba, en una de las suites nupciales.

ME ATÉ el pareo a la cadera, y con uno de los biquinis que me había comprado especialmente para la luna de miel y que me habían costado una pasta, mi sombrero de paja y gafas de sol para ocultar los ojos rojos e hinchados de llorar, me dirigí al bar.

El complejo turístico estaba repleto de bares, tantos que ni me había parado a contarlos, pero aquél era el mejor: circular, con techo de hojas de palmera, plantado en medio de la arena.

Bueno, el mejor no sé si era, pero al menos era el que preparaba el mejor mojito. Sí: llevaba cuatro días de luna de miel, y me había dado tiempo a hacer un ranking de bares según como preparaban mis bebidas favoritas. Que cada uno saque sus propias conclusiones.

El sol del mediodía me picó en la piel de camino al bar. No me había

echado crema protectora, en ese momento era lo último que tenía en la cabeza. Me daba igual, solo tenía que llegar hasta el bar sin quemarme: el techo de palmeras entrelazadas daba suficiente sombra.

Tampoco había comido. Mejor: con el estómago vacío el alcohol haría efecto más rápido.

Me senté en uno de los taburetes que había alrededor de la barra.

—Un mojito, por favor —le dije al camarero con la voz ronca de las lágrimas.

Mi objetivo de las siguientes horas era el siguiente: despedir el matrimonio más corto de la historia (bueno, igual de la historia no, pero por lo menos el más corto de todo mi círculo de familiares, amigos y conocidos) como se merecía: con una borrachera monumental. No iba a tomarme un mojito, ni dos, ni tres: quería acabar borracha perdida, tanto que acabase vomitando en el baño de la suite nupcial de cinco estrellas en el puto resort de cinco estrellas. Tanto que perdiese el conocimiento y no me acordase ni de mi nombre. Ni de mi nombre ni del que pronto iba a ser mi exmarido.

Total, las bebidas eran gratis.

NO ME ENTIENDAS MAL, hace cuatro días, cuando llegué al resort, el día siguiente a la boda, mi humor no era este. Estaba más o menos feliz, contenta. Podía haberlo estado más. Era verdad que en el último mes había tenido algunas dudas, pero lo había achacado a los típicos nervios de antes de la boda. Todo el mundo me había asegurado que los nervios eran normales.

Lo que ya no me parecía normal y debería haberme dado una pista eran las noches que había estado sin dormir, la sensación de tener un elefante sentado en el pecho, las ganas que tenía de fugarme todo el tiempo.

Aún así, me bajé una *app* de meditación en el móvil y sobrellevé el último mes previo a la boda lo mejor que pude. Total, tampoco era como si el cambio fuese a ser muy grande: vivía con George desde hacía un año, el mismo tiempo que llevábamos prometidos. Antes de eso habíamos estado saliendo juntos dos años. Nos llevábamos bien, no teníamos problemas ni dramas. No es que nos arrastrase la pasión, pero nunca lo había hecho: éramos personas medidas. Teníamos ambos la misma edad, treinta y dos años, y trabajos estables. Ya no éramos unos niños. Habíamos ponderado el tema de la boda, lo hablamos, vimos que tenía sentido desde el punto de vista fiscal, decidimos hacerlo, y eso fue todo. No hubo pedida de mano espectacular ni nada de eso, pero

tampoco me hacía falta.

La impulsividad estaba sobrevalorada. La impulsividad, el romanticismo, la aventura.

Así que sí, los nervios debían de ser normales, porque no tenía otra explicación.

También era verdad que el mismo día de la boda había hiperventilado un poco al ponerme el vestido de novia, pero era normal, decían.

Para cuando subí al avión que nos llevaba a Aruba ya se me había pasado. Total, la relación no había cambiado tanto. Un papel más o menos no significaba nada.

Yo hubiese preferido ir a Europa de luna de miel, algo más instructivo o interesante que pasarse quince días tirados en una tumbona quitándonos arena de todos los pliegues del cuerpo, pero George se había empeñado en que todo el mundo iba a Aruba. Pues Aruba iba a ser.

Y en Aruba estaba ahora, tirada, con once días de luna de miel en solitario por delante.

¿Cómo había acabado así?

Para responder a esa pregunta, necesitaba otro mojito. Se lo pedí al camarero, mientras recordaba las últimas horas.

TODO HABÍA EMPEZADO AQUELLA MAÑANA, después del buffet del desayuno. En realidad debía haber empezado antes, pero fue aquella mañana cuando yo me enteré.

Entramos en la habitación, supuestamente a coger las toallas y la bolsa de la playa, como todos los días, para pasarnos la mañana en una tumbona bebiendo bebidas con sombrillita y un libro (tampoco había mucho más que hacer), cuando George me informó de que se había enamorado locamente y a primera vista de alguien que había conocido en el resort e iba a proceder a abandonarme. En ese mismo momento.

No había mucho más que contar.

Se había enamorado, había conocido a alguien y se iba con ella. Es el amor de mi vida, dijo. Ha sido amor a primera vista, no puedo hacer nada. Todo esto me lo contó mientras hacía su maleta, a lo multitarea.

Aunque tampoco tenía mucha maleta que hacer, porque apenas le había dado tiempo a deshacerla.

Me dijo que sus abogados se pondrían en contacto conmigo cuando

volviese del viaje. Para arreglar las cosas, lo que quiera que significase eso.

Me dijo también, antes de cerrar la puerta —juro que no me lo he inventado—, “que disfrutes del resto de las vacaciones”.

Juro que es verdad, eso fue lo que dijo. Nadie puede inventarse eso. Si alguien me lo hubiese contado, no me lo habría creído.

Lo peor de todo era que me había quedado en shock mientras me contaba todo aquello, y solo volví en mí cuando escuché la puerta de la habitación cerrarse tras él.

O sea, imagínate la escena: George, con una camisa hawaiana abierta, en bañador y chanclas de dedo, arrastrando su mega maleta de ruedas que apenas cabía por el quicio de la puerta (era más grande que la mía, no sé para qué llevaba tanta ropa si se había pasado los cuatro días con la misma camisa hawaiana y el resto eran bañadores), después de haberme abandonado, en el cuarto día de nuestra luna de miel.

De todas formas, desperté del shock pero tampoco reaccioné. No salí corriendo detrás de él por el pasillo ni nada por el estilo. Me quedé sentada encima de la cama, mirando a la pared. Intentando procesar lo que acababa de pasar, sin conseguirlo.

Me pregunté cuándo había conocido a alguien, si llevábamos allí solo cuatro días. Se me escapaba totalmente. ¿Cuándo había sido? ¿En la cola del restaurante? ¿Cuando se suponía que se estaba echando la siesta? Tenía que ser eso, las siestas. Tenía que haberse tropezado con *el amor de su vida* (la llamó así, delante de mí, su mujer desde hacía cuatro días) cuando se suponía que estaba siesteando.

Joder, no me lo podía creer. Era totalmente absurdo, todo.

La humillación cayó sobre mí de repente como una losa de diez toneladas. Era horrible, pero lo que más me importaba en aquel momento era qué iba a pensar la gente de mí, qué iban a decir, abandonada a los cuatro días de mi boda.

Dios, tenía que haber hecho caso a mi instinto y salir por piernas en cuanto me entraron las dudas. Tenía que haber hecho caso a las señales, pero seguí adelante con la boda porque me sentía mal y culpable, y al final la que había acabado tirada en la acera había sido yo.

Después de llorar durante un par de horas y meter la cara debajo del grifo para intentar que se me bajase la hinchazón de los ojos, sin éxito, fue cuando decidí emborracharme.

Ante la duda, mojito.

Mañana sería otro día. Mañana podría hacer planes, decidir qué iba a hacer con mi vida, tomar decisiones.

Hoy me lo reservaba para beber hasta acabar inconsciente.

DOS

GRETA

*S*ba por el segundo mojito —el primero me lo había bebido de un trago— cuando me dio por mirar alrededor. Todo eran parejitas felices, o en su luna de miel o celebrando algún aniversario. Todas las personas que pululaban por el *resort* venían en paquetes de dos en dos. No había nadie suelto, individual. Afortunadamente el bar en el que me encontraba no tenía terraza, solo la barra circular, y estaba casi vacío. Los pocos hombres que estaban sentados alrededor de la barra tenían pinta de estar simplemente descansando un poco a la sombra mientras sus mujeres se tostaban al sol. Todos tenían la cara pegada al móvil o la vista fija en la televisión que retransmitía un partido de fútbol, un mundial o lo que fuese.

Menos él. Era el único que llevaba algo encima, una camisa blanca abierta, sandalias y unos pantalones cortos con bolsillos. El resto de hombres tenían el pecho descubierto y estaban en bañador, las lorzas y los pelos restregándose en la barra.

Yo tampoco podía decir mucho porque estaba en bikini y pareo, pero bueno. Al menos estaba medio tapada. Y depilada.

También era el único hombre que no estaba pasando el tiempo mientras miraba la televisión o el móvil.

Era el único que no apartaba la vista de su vaso, mientras lo vaciaba alarmanamente rápido.

La única persona, aparte de mí, que parecía estar allí emborrachándose a conciencia.

Las gafas de sol y el sombrero de paja de ala ancha, que no me había quitado, me permitieron escrutar al tipo sin que se diese cuenta: debía estar en la mitad de la treintena, más o menos; se le formaban arruguitas en el borde del ojo, en torno a la piel morena. No estaba tan cerca como para ver el color de los ojos, y además estaba de perfil, pero podía ver lo suficiente como para intuir que era más que atractivo:

El pelo oscuro, revuelto, como si no se hubiese peinado al salir de la cama. La mandíbula cuadrada, con una sombra de barba de un día. Los labios apretados en una fina línea, que indicaban que no estaba contento con su vida en ese momento (el beber un whisky de un trago también podía dar una pista).

Camisa blanca recogida hasta el codo que dejaba al descubierto los brazos musculosos y morenos, una vena recorriendo el antebrazo... dios, me perdían los músculos en los brazos, no podía evitarlo.

No podía ver el torso porque aunque tenía la camisa abierta, el ángulo no lo permitía.

Estaba felizmente escrutándole, intentando adivinar por qué razón tal espécimen de ser humano estaba solo emborrachándose en un bar a las dos de la tarde en un resort donde solo había parejitas. Si fuese mi marido, le habría encadenado a la cama el primer día, y aún no habríamos salido de la habitación a por aire.

Pensando en eso estaba cuando el tipo se giró y me miró directamente. *A mí*. Supuse que por mucho que las gafas de sol me ocultasen los ojos, si llevaba media hora mirándole fijamente, al final tenía que darse cuenta

Me sobresalté, no porque hubiese mirado en mi dirección, sino porque, si mis ojos rojos e hinchados no me engañaban, me estaba mirando... ¿con odio? ¿O me lo estaba imaginando?

No, imposible: me miró fijamente, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, desde el otro lado de la barra, y luego le dio un sorbo a su bebida.

Bueno, un sorbo era un decir... vació la mitad del vaso de un solo trago. Sin quitarme la vista de encima, se bebió la otra mitad del vaso. Dejó el vaso vacío de golpe encima de la barra, mientras le hacía una seña al camarero para que le llevase otro.

Fue esa mirada de odio, totalmente fuera de lugar, lo que me hizo acercarme.

No me hubiese acercado de ninguna otra manera. No había tenido un buen día. De hecho, no me había parado a pensarlo, pero probablemente fuese el peor día de mi vida. No quería hablar con nadie, no quería que nadie me

hablase.

Pero lo que tampoco necesitaba, después del día que había tenido, era un desconocido mirándome como si acabase de atropellar a su perro.

Así que cogí mi mojito, me bajé del taburete y avancé hacia él.

TRES

GRETA

Llegué a su altura y me senté, dejando un taburete libre entre nosotros. Apoyé mi mojito encima de la barra.
—Hola —dije, porque educación ante todo.

Frunció el ceño y no respondió.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté, un poco molesta.

Justo en ese momento el camarero puso un vaso nuevo delante de él y se llevó el vacío. El tipo cogió su bebida del mostrador y volvió a vaciar la mitad de un trago.

Todo esto sin quitarme la vista de encima. Y sin dejar de fruncir el ceño. Y sin contestarme.

Tomé aire.

—Mira —levanté mi muñeca para señalar la pulserita del todo incluido— todos estamos aquí, en el mismo resort. Este es uno de los mejores bares al aire libre. El mojito es es-pec-ta-cu-lar, déjame que te diga. Y no me pienso mover. Así que te agradecería mucho que dejases de mirarme fijamente con esa cara de vinagre, y me dejases disfrutar de mi bebida. Si no es molestia.

El tipo siguió sin responder.

—¿Cuál es tu problema, de todas formas? —dije, ya no molesta, si no directamente enfadada—. ¿No te gusta mi cara?

El tipo pasó unos segundos en silencio y por fin abrió la boca.

—No estoy de humor para hablar.

—Ni yo, pero precisamente por eso no hago contacto visual con

desconocidos. Da pie a socializar. Es como en el metro: la clave está en mirar a los pies de la persona que está sentada enfrente.

Me miró sin decir nada. Yo seguí hablando, porque tengo incontinencia verbal. Y también porque llevaba dos mojitos de más.

—Y tú has hecho contacto visual conmigo, además hostil, así que tenías que haberte imaginado que eso podía dar pie a socializar, o al menos a mí preguntando la razón de la hostilidad visual.

Volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Te han dicho alguna vez que hablas muchísimo? ¿Y muy rápido?

Le di un sorbo a mi mojito pero no respondí, porque sí, me lo habían dicho. Varias veces.

—¿Entonces?

Se inclinó un poco en mi dirección, y por fin pude verle de frente, en toda su gloria.

Chocolate. Los ojos eran del color del chocolate con leche, los dientes blancos y absurdamente perfectos, y un mechón de pelo castaño oscuro le caía sobre la frente.

Me empezaron a dar palpitaciones.

—A lo mejor no esperaba que vinieses a hablarme —respondió—. A lo mejor lo único que quería era intimidarte, que me dejases solo en el bar.

—¿Intimidarme? ¿Dejarte solo en el bar?—. Miré a mi alrededor, a la media docena de tipos mirando la tele—. Hay más gente aquí aparte de mí. ¿Por qué yo? ¿Te molesto especialmente? ¿Te conozco de algo?

El tipo suspiró, se terminó el whisky, le hizo una seña al camarero. Eso me recordó que todavía iba por mi tercer mojito, y me lo terminé de un trago.

Mmmmm. El elixir de la vida.

El hombre miró mi vaso de mojito vacío, luego me miró a la cara.

—¿Por qué no te quitas las gafas de sol?

Porque tengo los ojos hinchados y rojos, pensé.

—Porque no quiero —fue lo que dije.

—Me resulta muy difícil hablar con una persona que lleva gafas de sol. No sé si me está mirando a mí, o si me está escuchando, y ver mi reflejo en los cristales de las gafas mientras hablo es molesto. Además, aquí hay sombra, no te hacen falta.

Madre mía, qué tiquismiquis.

Me quité las gafas de sol y las dejé sobre la barra. El tipo me miró con detenimiento, pero no dijo nada de mis ojos.

—Déjame que te cuente una historia —dijo de repente.

No sé por qué me había hecho quitarme las gafas de sol si ahora se había puesto a hablar mirando al infinito, pero bueno.

Le pedí otro mojito al camarero, de mientras. Hoy le estábamos dando más trabajo de lo normal. El pobre intentaba ver el partido de fútbol y no hacíamos más que interrumpirle.

—Me casé hace una semana, ocho días, lo que sea.

Si no sabía cuántos días exactamente llevaba casado, aquello ya no empezaba bien.

—Yo quería casarme en Las Vegas. Es divertido, es rápido, es barato. Y no me sobra la pasta, así que eran tres cosas que me venían bien. Tampoco me gustan las grandes celebraciones, los eventos, y no tengo mucha familia. No tenía por qué ser en Las Vegas, era solo una idea, me conformaba con que fuese una ceremonia íntima, con pocos invitados.

—Las Vegas... —dije, con un suspiro de envidia.

El hombre me miró con una ceja levantada.

—¿Tú te casaste allí?

Negué con la cabeza. Todo habría sido mucho más fácil si me hubiese casado en Las Vegas.

—No, pero me habría gustado —dije, sinceramente—. Parece divertido.

De todas formas, ¿cómo sabía que estaba casada? Me había quitado los anillos. Bueno, en realidad los había tirado por ahí, sobre la moqueta de la habitación, en medio de mi ataque de llanto. Tenía que acordarme de buscarlos, si no quería que acabasen en la bolsa de la aspiradora cuando pasasen por la mañana a limpiar la habitación.

—Mi prometida no quería una boda en Las Vegas. Ni nada sencillo. Quería un evento, algo grande para poder invitar a todos sus compañeros de trabajo, amigos y conocidos, y que se muriesen de envidia.

—¿De qué trabaja?

—Es modelo.

—Ah.

No era difícil de imaginar, una modelo del brazo era lo único que le pegaba a aquel hombre. Una mujer bajita de treinta y dos años, que se ponía un pareo porque tenía complejo de caderas, era lo que no le pegaba en absoluto.

La mujer bajita era yo, por si no había quedado claro.

—Vicky quería una fiesta, algo que la gente recordase durante años. Y la tuvo. También quería una luna de miel de cinco estrellas, nada de un viaje por

carretera a lo largo del país parando para comer en restaurantes pintorescos y viendo los parques naturales.

Dios, esa era todavía mejor idea que la mía de los museos en Europa. No sé quién era aquella mujer, pero era idiota.

—El problema era que no me lo podía permitir, pero como era incapaz de negarle nada, y lo más importante era lo que ella quería, tuve que pedir un préstamo. No solo un préstamo: una hipoteca sobre mi casa, que ya estaba pagada.

—Jo-der.

—Exactamente.

—¿En qué trabajas? —pregunté, por curiosidad, solo para saber si la egoísta de su prometida era consciente de en qué embolado le estaba metiendo con todos los gastos.

—Soy mecánico, de Harleys y coches antiguos. Tengo mi propio taller, empleo a cuatro personas, pero aún así no soy ni mucho menos rico. Por lo menos no para permitirme todo esto —dijo, señalando alrededor.

Se quedó un par de minutos sin hablar, mirando el vaso de whisky.

—¿Y después? —pregunté, para animarle a seguir hablando. Supuse que ahora llegaba la parte chunga de la historia, el desenlace que, fuese cual fuese, no tenía buena pinta.

Me miró directamente.

—Y después de todo eso, de la boda, los invitados, la luna de miel exclusiva, la hipoteca... esta mañana Vicky me ha abandonado, una semana después de casarnos, porque ha conocido al amor de su vida en el resort. Amor a primera vista —sonrió de forma un poco cruel y me miró fijamente, como esperando mi reacción.

—¡No! —dije, dando una palmada encima de la barra — ¡Qué casualidad! Justo esta mañana mi marido...

Dejé la frase en el aire, mientras se hacía la luz en mi cabeza. Si hubiese tenido menos alcohol corriendo por mi cuerpo lo habría pillado antes.

Jo-der.

CUATRO

GRETA

*P*asamos unos segundos en un silencio pesado e incómodo, y el tipo por fin habló de nuevo:

—Eres Mrs. Brooks, ¿verdad?

Suspiré. No sabía exactamente qué responder a eso. Era debatible, en ese momento, si seguía siendo Mrs. Brooks o no, o por cuánto tiempo lo seguiría siendo. Nunca debí haber cogido el apellido de George. Más papeleos cuando tuviese que volver a cambiarlo, más dolores de cabeza.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Vi a tu marido y a Vicky estaba mañana hablando delante del buffet del desayuno. Cerca de la zona de los zumos, para ser exactos. Hablaban demasiado cerca, para ser dos personas que no se conocían. Cuando media hora después me dijo que se largaba, le dije que si era con el tipo del desayuno y me dijo que sí —se encogió de hombros—. Te vi sentada en una mesa con él.

Planeando delante de mis narices. Qué clase.

—No sé si sigo siendo Mrs. Brooks —murmuré—. Me llamo Greta.

De eso sí estaba segura.

—Greta es un nombre fantástico.

Sonreí por primera vez en todo el día. Estaba de acuerdo; me encantaba mi nombre.

El tipo se señaló a sí mismo con su vaso.

—Erik Westwood.

Y supuse que era Mrs. Westwood con quien George se había fugado.

Perfecto.

Vicky, la modelo que había dejado tirado al hombre que ahora se sentaba a mi lado.

Por George. Por lo visto había gente para todo.

—Así que, como tú comprenderás —siguió diciendo Erik—, muchas ganas de socializar no tengo. Y menos contigo. Sin ofender. Ya sé que no tienes nada que ver, y por el estado de tus ojos deduzco que necesitas emborracharte tanto como yo. Siento haberte mirado mal, eso sí. Estaba todavía en mi tercer whisky.

Hice un gesto con la mano.

—Ni te preocupes.

Me di cuenta de que mi cóctel estaba casi vacío... ¿Cuándo me lo había bebido? ¿Y era mi tercer mojito, o el cuarto? Decidí cambiar de bebida, me terminé lo que tenía y le pedí al camarero una piña colada.

Me la preparó, me la puso delante y empecé a beber de la pajita.

La historia que Erik me había contado me daba que pensar... al fin y al cabo era afortunada, yo solo me había quedado sin marido, y tampoco era una maravilla (de eso me estaba dando cuenta ese mismo día). Por lo menos no tenía deudas gigantes, algo era algo. Sí, me podía haber ahorrado la pasta que me había gastado en la boda y en el vestido, pero en fin. Vive y aprende.

Decidí dejar al hombre en paz con sus miserias, que eran las mías, pero no sabía si quedarme allí, sentada a su lado con solo un taburete de distancia, o volver a mi sitio. Igual era de mala educación irme ahora. Aunque quizás mi presencia le estaba haciendo sentirse todavía más miserable.

De todas formas, había otra cosa que tampoco lograba explicarme, así que me animé a hablarle de nuevo:

—Hay algo que no entiendo —dije. El tipo dejó de observar su vaso y volvió la vista hacia mí—. No sé cómo es tu mujer, no tengo el gusto de conocerla, pero si es modelo debe ser espectacular. O sea, en el caso de George sí lo entiendo: me ha cambiado por alguien mejor, y probablemente más joven... ¿pero ella? George no es muy alto. Y está medio calvo. Y un poco... —le miré de arriba a abajo, disimuladamente, o eso pensaba yo— *blando*.

—¿A qué se dedica George?

—Es socio de un bufete de abogados.

Me señaló con el vaso que tenía en la mano.

—Ahí tienes tu respuesta—. Me pareció que sonreía un poco, la más mínima curvatura de los labios, pero a lo mejor eran los efectos del alcohol—. Y por cierto, gracias.

—Ni lo menciones. Solo estaba constatando lo obvio.

Me miró un poco también de arriba a abajo, pero él no se molestó en disimular.

—No creo que George haya salido ganando —dijo—. Vicky era un poco... cómo decirlo. Una muñeca de plástico. Tú eres infinitamente mejor.

—Sí, ya —resoplé—. ¿Cuántos whiskys llevas?

Esta vez sí sonrió, y me quedé un poco abstraída mirándole la sonrisa.

—Muchos menos de los que voy a llevar cuando acabe el día. Pero no, en serio —se puso a contar con los dedos—: las tetas, de plástico. Los labios, de plástico. La nariz no, pero tampoco era la suya. Tengo dudas del culo. El pelo tampoco, extensiones. Y el resto todo huesos, claro, era modelo... Se me clavaban cuando estábamos en la cama, te lo juro por dios. Y no comía nada que no fuese verde. Salir a cenar por ahí era una tortura.

Le di una palmada a la barra y no lo pude evitar, empecé a reírme como una loca. Casi me caigo del taburete.

—Bueno, pero lo compensa con la personalidad —dije, mientras me limpiaba las lágrimas.

Esta vez fue Erik quien echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

Dios, me quedé embobada mirándole: tenía una risa increíble. No podía dejar de sonreír mientras le miraba, como si estuviese atontada. Que un poco sí que estaba, porque las bebidas estaban empezando a hacerme efecto.

—Lo que más me duele no es el dinero, o el engaño —dijo, cuando se hubo recuperado—. Es darme cuenta de lo ciego que he estado.

—No te olvides tampoco del orgullo herido —dije, dándole otro sorbo a mi piña colada.

—No sé en qué coño estaba pensando casándome con ella, la verdad, estaría pensando con la polla...

—Probablemente —respondí con sinceridad—. De todas formas, no te tortures. Te metes en una vorágine de preparativos de boda y no te da tiempo ni a pensar. Cuando te quieres dar cuenta estás camino al altar respirando hondo para que no te dé una crisis de ansiedad.

—Joder, qué razón tienes.

—Por el orgullo herido —dije, levantando mi segunda piña colada.

Erik levantó su vaso de whisky, que estaba de nuevo lleno, y lo chocó

contra el mío.

CINCO

GRETA

— *P*or los matrimonios más cortos del mundo.

Volvimos a brindar. Creo que llevábamos ya una docena de brindis. No sé cuánto tiempo había pasado, no tenía reloj y mi móvil estaba en alguna parte en el fondo de mi bolso. El partido de fútbol se había acabado hacía horas, habíamos pedido algo para picar en el bar en vez de ir a alguno de los restaurantes a comer. Lo habíamos decidido así, después de un largo e intenso debate, porque si íbamos al restaurante nos iba a quitar tiempo de emborracharnos. También habíamos debatido si comer o no, porque con comida en el estómago el alcohol se iba a absorber más despacio, pero estábamos muertos de hambre.

También, entre brindis y brindis, habíamos analizado nuestras situaciones y empezamos un acalorado (y alcohólico) debate para ver quién estaba peor: Erik me ganaba a mí porque él se había quedado tirado y con deuda, y yo le ganaba a él porque mi matrimonio había durado cinco días, y el suyo ocho. También le ganaba porque yo había perdido tres años de mi vida con George y él había conocido a Vicky solo diez meses atrás.

—¡George era malo en la cama! —dije de repente, con un “ahí queda eso”, casi con ilusión, para ponerme por delante en la competición.

Erik se atragantó un poco con su bebida. Se había pasado al mojito, después de que yo le convenciese. Yo también había vuelto al mojito. Era la mejor bebida del mundo, y en ese bar servían el mejor mojito del mundo. Al menos el mejor de los que yo había probado.

Le di golpes en la espalda hasta que se recuperó.

—En serio —seguí explicando—. No era nada bueno. Nada, nada bueno.

—Joder, ¿calvo, bajito y además esto? Lo tiene todo.

Miré a Erik, muy seria en mi embriaguez.

—No me importaba lo de bajito y calvo, si tengo que ser sincera. Lo he dicho porque estábamos sacando faltas. Pero lo otro sí que me importaba, no te voy a engañar...

—Vicky ponía poses —dijo él—. Era desconcertante. Como si estuviese rodando una película porno... estaba más preocupada de no despeinarse y de que no se le corriese el maquillaje que de otra cosa. A veces pensaba que había escondido una cámara oculta o algo...

Volvimos a reírnos como poseídos. Si me llegan a decir que iba a reírme en un día como aquel, no me lo habría creído... Claro que estábamos borrachos, y ya nos reíamos hasta de nuestra sombra.

—ESTA ES LA ÚLTIMA, vamos a cerrar —dijo el camarero, poniéndonos otros dos vasos delante y cortándonos el rollo.

—¿Por qué? —pregunté en medio de mi beodez—. ¿No es esto un bar? ¿No debería estar abierto por la noche?

—Es un bar en la playa. En cuanto anochece, cerramos. De todas formas, tienen un montón de bares en la otra zona del resort. Aunque si me permiten un consejo, yo lo dejaría ya.

—Gracias por el consejo —dije—, pero vamos a ignorarlo.

El camarero se encogió de hombros y siguió limpiando la barra, a lo suyo.

—¿Qué hora es? —le pregunté a Erik.

Miró su reloj de pulsera durante más de un minuto. Luego se lo acercó a dos centímetros de la cara.

—Las nueve —dijo, por fin.

—¡De la noche! —medio grité, medio pregunté.

—Sí —me respondió Erik, sonriendo de oreja a oreja con una sonrisa absurda.

Nuestro nivel de alcohol en sangre tenía que estar por las nubes.

—¿Cuánto tiempo llevamos bebiendo? —pregunté, frunciendo el ceño.

—No el suficiente... todavía estamos conscientes.

Me terminé la bebida de dos tragos, como quien bebe un vaso de agua, y Erik hizo lo mismo. Intenté bajarme del taburete, pero empezó a moverse y me

di cuenta de que peligraba mi vida. Erik me cogió de la cintura como si fuese una pluma y me depositó sobre la arena.

Sentí la marca de sus manos en mi cintura como si estuviesen al rojo vivo.

Tenía las manos cálidas. Tenía unas manos de palmas rugosas, supongo que por su trabajo. Tenía unas manos... oh dios, no quería que aquel día acabara. Me lo estaba pasando mejor de lo que me lo había pasado en mucho tiempo, a pesar de todo.

HICIMOS el camino de vuelta desde el bar, tambaleándonos, parándonos cada veinte segundos para decir alguna tontería y reírnos de ella.

—No me gusta la arena —dije, mirando cómo se hundían mis pies en el camino de vuelta—. Nunca me ha gustado la arena. Y me quedan once días de arena.

—¿Te vas a quedar aquí el resto de tu luna de miel?

Me encogí de hombros.

—¿Qué voy a hacer? Ya está pagado, no tengo que volver al trabajo hasta dentro de doce días... y tengo que pensar en qué hacer. Prefiero pensar aquí, debajo de una palmera y con restaurantes variados, que volver a mi apartamento y empezar a empaquetar cosas...

Solo el pensamiento de tener que empezar a buscarme un piso para mí sola, otra vez, y tal como estaban los precios, me deprimió.

—¡Eh! —Erik me cogió de la barbilla—. Anímate. No pienses en eso ahora. Hoy no es día de pensar. Hoy no cuenta. Mañana será otro día.

Sonreí de oreja a oreja.

—¡Vale!

Después de la cantidad de alcohol que habíamos bebido, éramos incapaces de hablar sin signos de admiración.

SEIS

GRETA

Llegamos frente al hotel a duras penas.
—¿Qué hacemos? —pregunté—. No podemos ir a cenar vestidos así.

Sobre todo yo, que seguía en bikini, pareo y chanclas, y Erik en pantalones cortos y camisa

El resort era un poco bastante pijo (de ahí las 5 estrellas), y uno tenía que estar vestido adecuadamente si quería entrar en alguno de los restaurantes.

Erik deslizó la mirada por mi cuerpo, desde el borde inferior del pareo hasta la parte de arriba del bikini rojo.

—Podemos ir a cambiarnos.

Arrugué la nariz. No quería que se me cortase el rollo, y no quería ir a mi habitación vacía y tropezarme con la realidad, o con los anillos en la alfombra.

—O también podemos seguir bebiendo en mi habitación —dijo Erik.

En circunstancias normales, me habrían saltado todas las alarmas, pero en ese momento me pareció la mejor idea del mundo: minibar, servicio de habitaciones, una terraza al aire libre (si su habitación era como la mía, que supuse que sí) y sin necesidad de mantener el decoro.

En privado, donde podía beber hasta perder la consciencia sin preocuparme de dónde caía.

—¡Perfecto! —seguía hablando medio a gritos, no podía evitarlo.

Cruzamos el lobby, la bendición del aire acondicionado acariciándonos la

piel ardiendo del calor.

Nos montamos en el ascensor y Erik pulsó el botón de su planta.

—¿Sabes lo que tendríamos que hacer? —dijo de repente, volviéndose hacia mí. Metió el dedo índice por debajo de la cuerda que sujetaba la parte superior de mi bikini, a la altura de la clavícula.

Parecía un gesto distraído, pero se me cortó la respiración.

—¿Qué? —pregunté, con la voz estrangulada.

—Vengarnos.

Sonreí ligeramente. Borracha y todo, tenía la impresión de que sabía adónde iba todo aquello...

—¿Vengarnos? —pregunté, de todas formas.

Erik subió la mirada de donde la tenía, pegada a la cuerda de mi bikini, y me miró a los ojos. Los suyos, color chocolate con leche, se habían vuelto de repente más oscuros.

—Tu marido y mi mujer se han fugado juntos... ¿qué te parece si hacemos nosotros lo mismo?

—¿Fugarnos?

Esta vez fue él quien sonrió.

—No me refería exactamente a eso...

Sentí sus ojos recorrer un camino de fuego sobre mi cuerpo. Empecé a ponerme roja; estaba segura de que en aquel momento el color de mi piel hacía juego con mi bikini. Le vi detener la mirada en el lazo de adorno que tenía entre los pechos, en la parte de arriba del bikini.

Se mordió el labio inferior.

—Aunque quizás hemos bebido demasiado...

Sentí que se me caía el ánimo a los pies.

—Ya, igual no es buena idea... —dije, por decir algo, porque de verdad creía que era una idea genial, fantástica. Y a ver ahora cómo me la quitaba de la cabeza. No iba a ser fácil.

—No, no; la idea es buena —dijo Erik, subiendo la vista lentamente del escote a mis ojos—. Pero igual hemos bebido demasiado para llevarla a cabo... no hemos sido previsores.

—También es verdad que se nos acaba de ocurrir.

Me miró con ojos sonrientes, las arruguitas diagonales de los bordes un poco más pronunciadas.

—No creas, yo llevaba ya un rato pensándolo... Unas cuantas horas, para ser sincero.

Me volvió a dar la risa. Cuando el ascensor se abrió en el piso de Erik, salimos apoyándonos el uno en el otro.

—Pero la idea de seguir bebiendo sigue en pie, ¿verdad? —pregunté.

Erik sacó la tarjeta para abrir la habitación del bolsillo trasero de sus pantalones.

—Por supuesto —dijo, y me guiñó el ojo.

Oh dios *oh dios*. Me fijé en su pelo revuelto, la camisa abierta blanca sobre la piel morena, los músculos del pecho y de los brazos en toda su gloria... y no pude evitarlo.

Erik estaba intentando abrir la puerta con la tarjeta, pero la luz roja se encendía una y otra vez. Miraba la cerradura con el ceño fruncido, concentrado, como si así pudiese hacer que la luz cambiase a verde por arte de magia.

Fue entonces cuando atacué.

Le metí la mano por dentro de la camisa... extendiendo la palma, pasándola por los músculos del pecho, lentamente.

Me miró y se quedó paralizado, no más de medio segundo.

Cuando me quise dar cuenta la tarjeta-llave estaba en el suelo, yo estaba contra la puerta y tenía la lengua de Erik en mi boca.

Cortó el beso cuando empezamos a quedarnos sin aire. Nos quedamos a un centímetro de distancia, mirándonos, respirando con dificultad.

—Sabes a mojito.

Cogió mi labio inferior entre los dientes y tiró ligeramente.

Hice un ruido en el fondo de la garganta, entre un gemido y un lamento. Dios, iba a licuarme y me iban a tener que recoger del suelo con fregona.

—¿Vamos a hacerlo, entonces? —pregunté en voz alta, por si quedaba alguna duda.

Erik asintió con la cabeza.

—Como conejos.

Sonreí lentamente.

—Me parece bien.

En medio de una carcajada volvimos a besarnos.

No sé cómo, conseguimos recuperar la tarjeta del suelo y Erik abrió por fin la puerta, esta vez a la primera, lo cual no era fácil, porque aparte de nuestro estado etílico yo me había subido a él, cruzando las piernas alrededor de su cintura. Me metió en la habitación, con una mano en mi culo y la otra en la espalda, en el cierre de mi bikini.

—Rápido, rápido —dije entre gemidos y respiraciones agitadas.

Cuando abrimos la puerta estábamos tan ocupados, a lo nuestro, que ni siquiera nos dimos cuenta de que la luz de la habitación estaba encendida.

—¿Qué significa esto? —gritó una voz femenina.

Nos giramos lentamente, tal como estábamos, yo subida en Erik, él con las manos en mi trasero.

Me soltó de repente, y dado mi estado etílico estuve a punto de caerme al suelo. Sin embargo, conseguí mantener el equilibrio agarrándome a su bíceps.

Tenía unos bíceps enormes, estaba segura de que no podría rodearlos ni con las dos manos...

—¿Quién es esta fulana?

Logré apartar mi atención del bíceps de Erik (no sin esfuerzo) y la fijé en la mujer que estaba en el centro de la habitación, los brazos en jarras, lanzando rayos y centellas por los ojos.

Era espectacular. Alta —tenía que sacarme por lo menos veinte centímetros, no creo que midiese menos de 1'80—, delgada, muy delgada, tan delgada como no había estado yo ni con quince años, con una melena con mechas rubias que le caía en ondas perfectas sobre los hombros y un vestido veraniego sencillo pero con el que parecía que acababa de salir de las páginas de una revista de moda.

Me miró de arriba abajo, como si fuese un gusano inmundo. Aunque a su lado así era como me sentía, para qué iba a engañarme.

—Vicky —dijo Erik, con un tono de voz plano que hizo imposible saber lo que estaba pensando en ese momento—. ¿Qué haces aquí?

SIETE

GRETA

No hay nada como un jarro de agua fría para que se le pase a una la borrachera al instante, por muchas horas que llevase bebiendo.

Y un buen jarro de agua fría había sido encontrarme a la todavía mujer de Erik en su habitación, que dicha mujer fuese espectacular — joder, era modelo, tenía que habérmelo esperado— y que además me llamase *fulana*.

Bueno, podría haber sido peor, pensé al subirme en el ascensor para ir hasta mi planta. La mujer podría haber aparecido un poco más tarde y pillarnos en mitad del acto, en la cama... desnudos... Dios, tenía que dejar de pensar en el cuerpo de Erik. ¡No es para ti Greta! ¡Deja de fantasear!

Volví a mi habitación arrastrando los pies. Me había quitado de en medio, qué otra maldita cosa podía hacer. Erik y Vicky tenían cosas que resolver, o que arreglar, o lo que fuese, y aunque Erik había hecho esfuerzos para que no me fuese, no quería estar en medio.

Me sentía fatal. Como el último mono.

Necesitaba una ducha fría, para quitarme los últimos vestigios de borrachera, y también para ver si se me quitaban de la cabeza los bíceps y los pectorales de Erik que se me habían grabado a fuego en la retina. Eso sin contar el bulto en los pantalones que había estado restregándose contra mí y que era más que prometedor. Y la lengua, que solo con la manera en la que besaba, no quería ni pensar lo que podría hacer con otras partes de mi cuerpo...

No podía evitar revivir el beso una y otra vez. El mejor beso de mi vida, de un hombre al que acababa de conocer, cuando ambos estábamos casados con otras personas. Genial.

Abrí la puerta de la habitación con mi tarjeta.

—¿Se puede saber dónde estabas? —dijo alguien desde dentro de mi habitación, aún antes de que hubiese cerrado la puerta detrás de mí.

Suspiré.

Por supuesto. Debería haberlo adivinado, no sé por qué no me lo esperaba, la verdad.

Erik tenía de vuelta a Vicky, yo tenía de vuelta a George.

Fantástico. Genial.

Me di la vuelta para mirarle. Allí estaba, en medio de la habitación, los brazos cruzados, en actitud desafiante.

Aquel día iba mejorando cada vez más.

El día había empezado mal, pero había que reconocer que estaba haciendo méritos para ser el peor día del mundo mundial.

—¿Qué horas son estas, Greta? ¿Dónde estabas?

Dijo el tipo que menos de diez horas antes me había abandonado por la muñeca de plástico que probablemente ahora mismo se la estaba chupando a Erik.

—¿En serio?—. No sabía si reírme o llorar—. ¿Estás colgado? Estoy borracha, pero todavía retengo mis funciones cerebrales básicas intactas.

—¿Estás borracha? —preguntó, mirándome con disgusto.

—¿Tú qué crees? ¡Me abandonaste hace diez horas, George! ¡No puedes preguntarme dónde estaba! ¡No puedes preguntarme nada! De hecho, ¡fuera de mi habitación!

—*Shhh*, ¡baja la voz! También es mi habitación, Greta. No lo olvides.

—¡No me chistes! No me lo puedo creer... tengo que estar volviéndome loca, o algo parecido —dije, casi más para mí misma que otra cosa.

—Exijo saber dónde estabas.

—¿Exiges saber?—. Sí, definitivamente se me estaba yendo la pinza, porque no podía estar oyendo lo que estaba oyendo—. *¿Exiges saber?*

—¡Eres mi mujer!

Oh dios, dios, dios mío. Sí que debía estar loca, al final, o en una realidad paralela. O las dos cosas a la vez.

Respiré hondo. Calma, calma, puto cálmate, Greta.

—¿Quieres saber dónde estaba?

—No —dijo con sarcasmo, poniendo los brazos en jarras— solo te lo he preguntado cuatro veces.

Sinceramente, tenía a mi marido de hacía cinco días delante de mí, y no encontraba ninguna razón no solo para haberme casado con él, sino para que le hubiese dejado acercarse a mí con un palo de dos metros.

Decidí contestarle sinceramente, ya que parecía tener tanto interés.

—Estaba... ¡a punto de tirarme al marido buenorro de tu amante muñeca de plástico!

George frunció el ceño.

—¿Quién? ¿Qué dices de plástico? A ver, vocaliza y lo intentamos de nuevo...

Iba a agredirle. Iba a estrangularle con mis manos desnudas.

Para que se me quitasen las ganas, volví a respirar hondo. Un par de veces.

Luego conté hasta diez.

Me acerqué a él.

—Estaba —dije, vocalizando exageradamente— a punto de tirarme al reciente marido de la reciente mujer con la que te fugaste esta mañana como el cobarde traidor que eres. Es a ella a quien me refiero cuando digo muñeca de plástico, es mi mote para ella, me gusta y lo voy a seguir usando. Y si tengo que ser sincera, no me acuerdo de su nombre... del nombre de su marido sí me acuerdo: Erik. Es Erik. Y está super cachas y hemos entrado a su habitación dispuestos a pasar lo que quedaba de noche horrible juntos follando como conejos, pero allí estaba, oh casualidad, la muñeca de plástico esperándole, con una actitud igual a la tuya, lo cual no me extraña teniendo en cuenta que sois tal para cual... ¿He vocalizado lo suficiente ahora, o necesitas que te repita algo?

Ahora se había quedado mudo, el imbécil. Mudo y blanco. A buenas horas.

Aproveché que se había callado de una vez para seguir hablando, ya que estaba en racha...

—Y otra cosa que no entiendo... ¿no era amor a primera vista? ¿No era el amor de tu vida? ¿Qué hacéis de vuelta?

OCHO

ERIK

George es... muy malo en la cama. Terrible. Estaba con él, y en lo único que podía pensar era en ti... *Todo el tiempo*.
Cerré los ojos y me puse los dedos sobre los párpados.
Señor, dame fuerzas.

Después de diez minutos de tira y afloja y de Vicky con los brazos cruzados y poniendo morritos y haciéndose la ofendida porque me había pillado con las manos en el culo de Greta —dios, adoraba su nombre—, le había sacado la razón por la que había vuelto con el rabo entre las piernas.

O la maleta entre las manos.

Y era que el picha corta y ella, en un alarde de originalidad a la par que clase, después de haberse “enamorado perdidamente a primera vista” en la mesa del desayuno, no se les había ocurrido otra cosa que cogerse una habitación en el mismo resort.

No, en serio, no me lo estoy inventando.

Se habían cogido una habitación para no retrasar el conocimiento carnal que parecía seguir al amor a primera vista con cruasans de por medio.

El caso era que, *bueno, como decirlo...* y aquí era donde Vicky se había tirado un rato dando vueltas antes de admitir la verdad.

Que el tío era malísimo en la cama.

Greta no había dicho malísimo, había dicho mediocre. Pero claro, Vicky me tenía a mí para comparar.

Modestia aparte.

No sé qué esperaba, la verdad: el tipo tenía una pinta de contable que no podía con ella.

Con todos mis respetos para los contables. Seguro que muchos de ellos son sementales.

El picha corta no, o al menos no según su mujer.

Mmmm, Greta... ¿qué estaría haciendo ahora?

Supuse que estaba en una situación no muy diferente a la mía.

Sentí una punzada en el estómago... ¿estaría también su marido intentando volver con ella? No, no, no. Eso no podía pasar.

Mientras estaba perdido en mis pensamientos, Vicky había empezado a acercarse lentamente, con los andares gatunos y con su mirada de “puedes hacer conmigo lo que quieras” que utilizaba cuando quería algo de mí.

El caso es que antes probablemente sí habría funcionado, pensé desapasionadamente mientras la veía avanzar. De hecho, era como habíamos acabado casados y teniendo aquella luna de miel de cinco estrellas.

Joder. Hacía menos de media hora, cuando había entrado en la habitación con Greta medio borracho la tenía como un hierro al rojo vivo, y ahora que no estaba borracho era como si quien estuviese avanzando hacia mí fuese un monje benedictino. Con hábito marrón. No me ponía nada. Cero. Bajo cero.

Como todos mis respetos a los monjes benedictinos.

Lo único en lo que podía fijarme era en el hueso del escote, el pelo frito decolorado, la mirada falsa, el maquillaje pastoso que empezaba a deteriorarse.

Y sobre todo: lo único que veía era una traición de cincuenta kilos subida en tacones rojos.

Vicky llegó hasta mí y me puso una mano en la entrepierna, lo cual no mejoró la cosa. La cogí de la muñeca y aparté la mano lo más rápidamente que pude.

—Tienes que estar de broma.

—Erik...

—No, en serio... ¿crees que soy idiota? No contestes a eso, llegué a ponerte un anillo en el dedo... ¿Crees que no tengo dignidad? Quítame las manos de encima.

—Pero soy tu mujer... —dijo Vicky, haciendo pucheros.

En serio, haciendo pucheros.

No pude evitarlo: eché la cabeza hacia atrás y me puse a reír a carcajadas.

* * *

GRETA

—Y OTRA COSA que no entiendo... ¿no era amor a primera vista? ¿Qué hacéis de vuelta?

George había pasado del blanco al rojo, y justo cuando abrió la boca para hablar sonaron unos golpes en la puerta.

Levanté el dedo índice.

—Voy a ver quién es, será solo un momento. No te olvides de lo que ibas a decir. Me interesa la explicación.

Abrí la puerta y en el quicio estaba Erik, en toda su gloria: la camisa blanca abierta, la tableta de abdominales duros a la vista, la sonrisa blanca, el pelo revuelto... quería pensar que era de cuando se lo había revuelto yo. Quería pensar que no le había dado tiempo a que otra se lo hubiese revuelto.

De todas formas, estaba en mi puerta, ¿no? Eso tenía que significar algo. Sonreí de oreja a oreja.

—Erik.

Miró por encima de mi hombro, vio a George y frunció el ceño.

—¿Puedo pasar?

No veía por qué no.

—Tú mismo.

George tenía las cejas levantadas hasta la mitad de la frente. Supuse que no tenía el gusto, así que me dispuse a hacer los honores (y a disfrutar como una enana, de paso).

—George, seguramente no conozcas a Erik; es el marido de Vicky.

Vi cómo le miraba de arriba a abajo, y luego tragó saliva. Patético.

—Si me pones una mano encima, te voy a denunciar —dijo.

Más patético todavía, que ya era difícil. Patético al cuadrado.

Dios, me avergonzaba de seguir casada todavía con él. Ahora cinco días de matrimonio me parecían demasiados.

—No he venido a por ti, payaso —dijo Erik. Se dirigió a mí—. ¿Te ha dicho por qué ha vuelto?

Negué con la cabeza.

—Todavía no hemos llegado a esa parte. Justo íbamos a ello cuando has llamado a la puerta. Tengo que confesar que estoy intrigada, eso sí.

Erik sonrió lentamente.

—Parece ser que echaron un polvo, y fue tan malo que Vicky salió corriendo.

Joder. Si alguien me hubiese dicho que iba a reírme tanto aquel día que iba a tener que sujetarme el estómago, le habría llamado mentiroso.

En medio de mi hilaridad y de mi ataque de risa, George dijo, todo rojo:

—¡Eso es mentira!

Le miré, doblada por la cintura, y me dio otro ataque de risa explosiva.

Al cabo de un rato empecé a secarme las lágrimas y pude ponerme derecha.

—Joder, Erik. Me vas a matar.

—¡Fuera de mi habitación! —explotó George, todo indignado.

Erik levantó las cejas.

—¿Tu habitación?

Erik dio un paso adelante y George dio uno atrás.

Por dios, que estaban cada uno a un extremo de la habitación. Ridículo.

Aproveché para compararles: Un día cualquiera, si una no se fijaba mucho y no tenía las expectativas muy altas, George era pasable. Al lado de Erik, el pobre hombre parecía un despojo humano. Tampoco era justo, porque Erik era un dios griego, pero era la verdad.

—Sí, ahora de repente parece ser que es su habitación otra vez —dije, con un suspiro—. Como no quiero pasar en su presencia ni un segundo más ni siquiera para discutir, supongo que me tocará buscarme a mí otra. Ya verás qué divertido ahora, ponerme a buscar una habitación individual en un resort para recién casados...

—No hace falta —dijo Erik—. Puedes quedarte en la mía.

—¿Qué? —la pregunta salió a la vez de George y de mí.

—¿Y Vicky? —quise saber. De alguna manera, si Erik estaba allí tenía que suponer que no se había quedado con ella... pero necesitaba asegurarme.

Erik se encogió de hombros.

—La habitación está a mi nombre y la he pagado yo, así que la he echado. ¿Vienes?

Justo entonces le empezó a sonar el móvil a George, miró la pantalla y puso cara de vinagre, y me empezó a dar otra vez un ataque de risa.

A Vicky le había salido mal el plan B, así que ahora iba a por el C. Casi me daba pena perderme qué clase de excusas le iba a poner a George para intentar volver con él.

—¿Necesitas algo de la habitación? —preguntó Erik.

Cogí rápidamente mi bolso y el neceser del baño.

—Ya volveré a por el resto.

Me cogió de la mano.

—Vámonos de aquí.

George empezó a decir algo, no sé el qué, porque cerramos la puerta a la mitad de su frase.

NUEVE

GRETA

Erik me cogió de la mano y empezó a tirar de mí por el pasillo, hacia el ascensor. A pesar de todo lo que había pasado, me encontraba repentinamente nerviosa. Supuse que era porque se me había quitado el punto de la borrachera...

Entramos en el ascensor y Erik pulsó el botón de su planta.

—A lo mejor necesitamos seguir bebiendo... no sé tú, pero yo necesito un par de copas para que se me pase el cabreo y el mal trago de la última media hora.

—También podemos quemarlo de otra manera —dijo él.

—Eso por descontado —dije, sonriendo de oreja a oreja—. Aunque voy a necesitar, no sé, como un trillón de orgasmos para que se me pase el cabreo y la rabia y el todo.

—Podemos empezar por uno, luego ya de ahí vamos subiendo.

Me cogió la cara entre las manos.

—¿Estás nerviosa?

—Sí, pero no me preguntes por qué... dios, ¿qué estás haciendo?

Había empezado a besarme el cuello, y ahora me estaba pasando la lengua por el lóbulo de la oreja.

—Quitándote los nervios.

Me salió una carcajada involuntaria.

—Tengo que decir que está funcionando.

—Tengo que decir que me alegro.

El ascensor se abrió y salimos a trompicones, tropezándonos con nosotros mismos, casi como una hora antes.

Llegamos a duras penas a la habitación, y nada más entrar solté mi bolso y el neceser en algún lugar del suelo.

—Ven aquí.

Me arrancó el pareo con una mano, mientras yo le quitaba la camisa con las mías.

ERIK

—QUIERO CHUPÁRTELA —dijo Greta, respirando con dificultad.

Levanté las palmas de las manos.

—No voy a decir que no.

Greta puso una mano en mi pecho y me empujó hacia la cama. Me senté en el borde y ella se arrodilló delante de mí.

—Me estaba poniendo enferma pensando que la muñeca de plástico te la podía estar chupando mientras yo estaba escuchando las gilipolleces de George, la verdad. No podía pensar en otra cosa —dijo, mientras me desabrochaba el pantalón.

Mi erección salió disparada, y Greta se la metió en la boca sin perder un minuto.

Oh dios. Solté una carcajada que acabó en un gemido.

—Lo ha intentando, no creas. Pero me ponía menos que un monje benedictino.

Sentí las vibraciones de la boca de Greta y supe que se estaba riendo.

Se la sacó de la boca un momento para decir:

—No me hagas reír que me desconcentro...

Puse las manos sobre su pelo castaño, apartándoselo de la cara. Justo acababa de cerrar los ojos cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Servicio de habitaciones!

Para mi desgracia, Greta volvió a dejar de chupar. Gruñí.

—¿Y ahora qué? —dijo Greta, desde el suelo. No la culpaba. Íbamos de interrupción en interrupción.

Me levanté a abrir, abrochándome los pantalones de camino a la puerta.

VOLVÍ DIEZ SEGUNDOS después con una cubitera entre las manos, llena de hielo y con un par de botellas de champán sobresaliendo.

—¿Cuándo has pedido eso? —me preguntó Greta.

Sonreí de lado.

—Después de echar a Vicky. Llamé y dije que las subieran en unos veinte minutos...

—Un poco demasiado seguro de ti mismo, ¿no?

—Digamos que tenía esperanzas.

Dejé las botellas de champán en la cubitera en la mesa de la habitación, de momento. Saqué una y la apoyé en la mesita de noche.

Me acerqué a Greta, que estaba de pie junto a la cama, como un jaguar a su presa. Respiraba agitadamente y podía ver sus pezones erectos a través de la tela del bikini rojo que llevaba volviéndome loco desde aquella mañana.

Pasé las manos por su espalda y le desabroché la parte de arriba del bikini, dejando al descubierto unas tetas grandes y pesadas, de pezones oscuros. Tragué saliva. Tiré del lazo que tenía en la nuca y el bikini cayó al suelo de la habitación, olvidado. Sin perder tiempo puse las manos en sus pechos, recreándome en el tacto, en la textura... le acaricié los pezones con los pulgares.

Greta entreabrió los labios para gemir mi nombre

—Erik... —dijo, con un suspiro.

Bajé la cabeza y pasé la lengua por un pezón, tirando un poco con los dientes, succionando.

—¡Erik!

Pasé al otro pezón. Dios, no iba a tener suficiente. Ni en un millón de años. Levanté la cabeza, puse la mano en su espalda y la atraje hacia mí, sus tetas desnudas rozando mi pecho...

—Dios, se me había olvidado cómo eran unas tetas de verdad... calientes, pesadas... naturales.

—Irregulares —dijo Greta, con una sonrisa.

—Perfectas.

Alargué la mano y cogí la botella de champán helado de la mesita.

—¿No habría sido mejor unas bebidas con sombrillita? —dijo.

—No para lo que tengo en mente—. Con la mano que no sujetaba el champán tiré de los lacitos que sujetaban la parte de abajo de su bikini, que cayó a nuestros pies. Le di una palmada en una nalga, fuerte, y con la misma mano la atraje hacia mí y restregué mi erección contra su centro.

La besé, ladeando la cabeza, metiendo mi lengua en su boca, hasta que gimió dentro de la mía.

Puse la botella helada en sus nalgas, y dio un respingo.

—Tumbate en la cama —dije.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, con voz ronca.

Sonreí un poco de lado y le dije la verdad:

—Vamos a hacerlo todo y vamos a hacer de todo, que para eso es nuestra luna de miel... O *ex*-luna de miel.

Greta se tumbó en la cama, gloriosa, el cuerpo moreno desnudo encima de las sábanas blancas. Abrí la botella de champán y el corcho salió disparado en dirección a la puerta.

Seguí hablando.

—El objetivo es que tú no puedes sentarte en el vuelo de vuelta, y que yo no pueda andar...

Incliné ligeramente la botella sobre su cuerpo y un chorro de champán cayó sobre sus pechos.

Me incliné sobre ella en la cama y empecé a lamer. Greta arqueó la espalda.

—*Mmm*, dios, no me canso de tus tetas... —volví a atacar sus pezones, dando pequeños mordisquitos—. Podría estar chupándolas toda la noche.

Pero había algo más lamible, mordible, succionable en todo su cuerpo. Algo más que requería mi atención. Después de haber lamido a conciencia el champán de sus pechos, volví a coger la botella y esta vez vertí un poco sobre su sexo.

Acerqué mi boca a su coño depilado, los labios rosas sobresaliendo, brillando con su propia humedad y el champán que había echado por encima. Empecé a lamer, suavemente al principio, más intensamente después, alternando entre chupar el clítoris y follarla con mi lengua, rítmicamente.

—Erik, dios, no pares...

—Agárrate al cabecero, esto no ha hecho más que empezar...

Enterré la cara entre sus piernas, aumentando la intensidad, y Greta pareció volverse loca. Empezó a gritar y a arquearse, agarrada al cabecero de la cama.

—¡Ah! Sí sí, por favor, sí...

Me dediqué a pasar la lengua alrededor del clítoris y metí dos dedos dentro de su coño húmedo. Seguí sacando y metiendo los dedos, y succioné su clítoris, hasta que empezó a temblar debajo de mí y, dado el volumen de los

gritos, supe que se estaba corriendo.

—¿Te gusta? —pregunté, llenándola con mis dedos y mi lengua al mismo tiempo.

No pudo responder, retorciéndose y arqueándose sobre la cama. Sonreí satisfecho sobre su sexo.

Estaba duro como una piedra, mi erección a punto de estallar contra la cremallera de los pantalones. Ahora me tocaba a mí.

DIEZ

GRETA

El paraíso.

Estaba en el paraíso. No recordaba cuándo había tenido un orgasmo tan intenso. Probablemente nunca.

De repente, mi estómago hizo un ruido inconfundible: empezó a rugir como si no hubiese comido en dos semanas.

Oh, dios.

Erik me miró sonriendo.

—Tengo un poco de hambre —dije, poniéndome roja. Como si el ruido de mi estómago no hubiese sido suficiente pista.

La verdad era que desde los aperitivos que habíamos pedido en el bar de la playa, no habíamos vuelto a comer nada, y debían ser más de las diez de la noche. Entre eso y el alcohol, que siempre me daba hambre, podría comerme un caballo.

—Yo también —dijo Erik—. Ha sido un día un poco... movido. Además, tenemos que recuperar fuerzas —volvió a sonreír y me quedé embobada mirando sus ojos color chocolate, las arruguitas que se le formaban en el borde cuando sonreía... dios, me estaba haciendo adicta a él. Me di cuenta de que había empezado a hablar otra vez y no le estaba prestando atención, absorta como estaba en mirarle fijamente—. ¿Qué te parece si pedimos algo de cenar al servicio de habitaciones, mientras nos damos una ducha?

Me parecía bien. Sobre todo porque estaba un poco pegajosa del champán, a pesar del maravilloso trabajo que había hecho Erik lamiéndolo de mi

cuerpo.

Erik cogió la carta de encima de la mesa. Yo no tenía nada que ponerme excepto el bikini y el pareo, así que cogí el pareo y me lo até alrededor del torso, sobre el pecho, como si fuera un vestido palabra de honor o una toalla, para no estar completamente desnuda mientras pedíamos la comida.

Nos dijeron que tardarían media hora mínimo en subirla, así que aprovechamos para meternos en la ducha...

* * *

—¿ESTÁS seguro de que estamos seguros? No quiero morir resbalándome en una ducha en un hotel de cinco estrellas...

Estaba con la espalda pegada a la pared de la ducha, y Erik me estaba enjabonando los pechos, con una dedicación extrema... estaba segura de que el champán seco se me había quitado hacía ya cinco minutos. Bajó la mano hasta mi sexo, y sin avisar me metió dos dedos dentro.

Juntó su frente con la mía.

—No te preocupes, no resbala... es seguro.

La verdad era que el suelo de la ducha de hidromasaje era de baldosas tipo rústicas, rugosas, y no parecía que hubiese peligro. Era una ducha enorme, que ocupaba casi una pared del baño también enorme. Una ducha digna de una suite nupcial. También había un jacuzzi, que esperaba nos diese tiempo a probar antes de que acabase la noche...

Los chorros de agua salían de todos lados. Tenía varios cabezales en el techo y parecía que estábamos bajo la lluvia.

Erik me mordió el labio inferior. Yo aproveché para pasar las manos por sus bíceps, su pecho, sus muslos, y acabaron en su culo.

Dios, era perfecto. Como una estatua de bronce. Clavé las uñas ligeramente en sus nalgas, y gruñó encima de mi boca.

Pasé una de las manos hacia delante y rodeé su polla con ella. O lo intenté. Dios, no podía cerrar la mano... miré hacia abajo. Era grande, larga y ancha, con una vena en relieve que recorría toda la largura...

La pregunta era, ¿cómo iba a meterme eso dentro? No estaba acostumbrada, la verdad. Estaba acostumbrada a cosas más mediocres.

Y otra pregunta era, ¿cuándo iba a meterme dentro? Porque no podía más. Llevaba todo el día húmeda y caliente, esperando aquel momento...

Sacó los dedos de dentro de mí, apartó mi mano y cogió la polla en la suya.

—Greta... —puso los labios en mi cuello, la punta de su sexo rozándome el clítoris, y sentí que iba a desmayarme y caerme en el suelo de la ducha—. Me he reído más hoy que en todo el último año. Y me lo he pasado mejor.

—Yo también —dije, con la voz estrangulada.

Y era verdad. Había sido un día memorable y absurdo. Me dolía el costado de tanto reírme.

Entonces, en un movimiento suave pero preciso, que no me esperaba, me penetró de una sola vez, metiéndome la polla hasta dentro, del todo, hasta la base.

—¡Ah!—. Cerré los ojos con fuerza—. Dios, dios, dios...

—Agárrate a mí. Agárrate fuerte.

Eso hice, me agarré a sus hombros, intentando acostumbrarme a lo llena que estaba. Los músculos de mi sexo se estremecieron alrededor del suyo, intentando adaptarse a la invasión.

Erik juntó su frente con la mía.

—Llevo todo el día esperando este momento... dios, Greta, qué húmeda estás...

Al cabo de unos segundos, empezó a moverse. Salió un poco, y volvió a entrar. Gemí, desesperada, abrumada.

—Vicky no tenía sentido del humor —dijo, y embistió de nuevo. Me agarré a sus hombros como si me fuera la vida en ello.

—El sentido del humor es... —otra embestida—. ¡Ah! Muy importante... —dije, antes de que una nueva embestida me robara de nuevo el habla—. George la tiene pequeña, pero es que encima tampoco sabe qué hacer con ella... aaaaahhh...

—Eso también es importante—. Embestida.

—¡Aaaaah! ¡Joder, Erik! ¡Erik!

—Eso estoy haciendo, Greta —dijo, entre risas.

—¿Puedes hacerlo más rápido?

—Puedo hacerlo más rápido, más fuerte, más duro, como tú quieras... pasa las piernas alrededor de mi cintura... no te preocupes, yo te sujeto. ¿Qué te parece así?

Me agarró de las caderas, de las nalgas, mientras flexionaba las rodillas y me penetraba en la subida.

Me estaba quedando ronca de tanto gritar, pero es que no podía hacer otra

cosa. Estaba casi delirando.

—Oh dios, unas caderas, un culo...—dijo Erik, también afectado, a punto de perder el control—. Unas tetas no de plástico... como lo he echado de menos...

Me reí entre gemidos.

—Oh dios, una polla grande y dura... cómo lo he echado de menos...

Empujé su culo con mis talones para que me penetrara más, más profundamente.

—Erik, Erik... Me voy a correr, me voy a...

Y eso hice, gritando, clavándole las uñas en los hombros, mientras no dejaba de embestir, cada vez más y más rápido... el orgasmo me nubló la vista y los sentidos.

—Sí, eso es, sí... —Erik aumentó la potencia y la velocidad, totalmente fuera de control—. Tómame... toma más...

Con un grito y un mordisco en mi hombro, se quedó clavado en una de sus potentes embestidas y le sentí llenarme, sentí cómo temblaba entre mis brazos, mientras el agua golpeaba nuestros cuerpos desnudos.

ONCE

GRETA

Terminamos de cenar, estábamos comiendo el postre —yo fresas — con los albornoces del hotel que nos habíamos puesto al salir de la ducha, cuando Erik se me quedó mirando los labios mientras mordía una fresa. Había metido la mano por dentro de mi albornoz, y ahora estábamos en el segundo asalto, o el tercero, el que fuese.

ESTABA TUMBADA SOBRE LA CAMA, desnuda, boca abajo, con las piernas abiertas.

Erik me estaba penetrando desde atrás. Me estaba taladrando, más bien, con su polla dura y larga, y agradecí estar tumbada y que Erik estuviese haciendo todo el trabajo, porque me había quedado sin fuerzas.

—Siénteme... siente mi polla, como entra dentro de ti... ¿la sientes?

¿Que si la sentía? No podía sentir otra cosa, inmóvil como estaba, bajo su peso, su cuerpo inmovilizándome contra la cama, su polla entrando y saliendo, rozando en los sitios justos, sus bolas golpeando en mis nalgas rítmicamente.

En una cosa tenía razón: no iba a poder sentarme en el vuelo de vuelta

—Erik, Erik, no puedo más... ¿qué me estás haciendo? —dije, al borde del delirio, arrugando las sábanas entre las manos.

—Te estoy follando bien, como te mereces... te mereces que te follen bien, mucho, y mucho tiempo, y eso es lo que voy a hacer. Una luna de miel como manda la tradición.

Estaba escocida pero no podía parar, no quería parar... no tenía suficiente, estaba hambrienta, como si me estuviese cobrando una deuda de orgasmos. Tenía déficit de orgasmos y de placer, y lo estaba compensando con creces.

—Me voy a correr otra vez, va en serio... —tenía la garganta ronca de gritar y de gemir.

—¿Sí?

—¡Sí!

—Te vas a correr otra vez para mí, cariño? Te vas a correr en mi polla?

—¡Ah, joder, joder!

Mordí la almohada.

—Tus deseos son órdenes...

Me separó un poco más las piernas y cambió el ángulo de la penetración para llegar más adentro... rozó una y otra vez un punto mágico dentro de mí, y empecé a temblar y a gritar como una loca...

—¡Más fuerte! ¡Aaaaaahhh!

El orgasmo me recorrió como una corriente eléctrica. En vez de ser cada vez más débiles, los orgasmos eran cada vez más fuertes, me sacudían desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo.

—Eso es, eso es —embestida—, eso es, ¿ves qué bien? Otra vez...

—No puedo más, Erik, no puedo...

Iba a desmayarme del placer.

—Claro que puedes, siénteme... siénteme bien adentro, ahora te voy a dar más fuerte.

Metió la mano bajo nuestros cuerpos y empezó a masajearme el clítoris.

Aumentó la potencia de las embestidas aunque no sé cómo lo hizo, mientras presionaba mi clítoris y me penetraba una y otra vez, cada vez más fuerte, cada vez más rápido...

Empezó a mordisquearme el lóbulo de la oreja. Su barba de un día me rozó la nuca, y sentí escalofríos por todo el cuerpo.

—Córrete otra vez, Greta, cariño... córrete otra vez conmigo... —me dijo al oído, con voz grave—. Greta, Greta...

Me gustaba cómo sonaba mi nombre en boca de Erik, con aquella voz ronca, a punto de perder el control. Me excité todavía más, y para mi sorpresa noté cómo el orgasmo se acercaba de nuevo, y supe que iba a ser todavía más grande que el anterior, que me iba a barrer como si fuese una ola de cinco metros... Empecé a balbucear.

—Sí sí Erik, así, más...

No solo era la polla enorme, era la potencia y el control que tenía sobre su cuerpo. Era que sabía qué hacer y cuándo hacerlo, el conocimiento que tenía del cuerpo femenino...

—¡Sí! ¡Sí!—. Empecé a correrme, retorciéndome debajo de él.

Me puse a temblar de nuevo, de forma incontrolable. Había perdido la cuenta de los orgasmos, no sabía si eran varios distintos o el mismo que no acababa nunca...

Erik me agarró de las caderas, y empezó a jadear.

—¡Sí, joder, sí! ¡Sí!

Se quedó clavado dentro de mí con un grito gutural mientras se corría...

* * *

ESTÁBAMOS EN EL JACUZZI, con la segunda botella de champán al lado y un par de copas.

No sé a quién se le había ocurrido la idea de poner un jacuzzi en el baño, pero era un genio. Los chorros de agua caliente golpeaban mis músculos doloridos. Iba a necesitar más que un jacuzzi para recuperarme de aquella noche, pero para empezar no estaba mal.

Mi antigua habitación no tenía jacuzzi, solo la ducha de hidromasaje. Eso me llevaba a pensar que George había racaneado al hacer la reserva.

Bebí un sorbo de champán y cerré los ojos. El paraíso.

—No puedo moverme —dije.

Erik rió detrás de mí, sus brazos y piernas rodeándome.

Normal que Vicky hubiese intentado volver con Erik después de menos de un día con George: ni todo el dinero del mundo podía compensar la diferencia entre George y Erik. De hecho, ni todo el dinero del mundo, ni una explosión nuclear me habrían movido de allí.

Me sentía mejor de lo que me había sentido en años. Estaba flotando en una nube.

Erik puso los labios en mi cuello.

—¿Estás bien?

Hice un ruido en el fondo de la garganta, algo parecido a un *mmmmm*.

—Mejor que bien. Estoy en el paraíso. Mejor de lo que he estado en años —dije, siendo sincera. ¿Para qué fingir?

—Yo también —dijo él, y pareció sorprenderse de reconocerlo en voz alta

—. Si esta mañana me hubiesen dicho que el día iba a acabar así, no me lo habría creído... Me siento el tipo más afortunado del mundo, por haberme librado de la que me he librado.

Giré un poco la cabeza para mirarle.

—Librado no nos hemos librado, al final estamos casados...

—Ya, pero mejor que se nos caiga la careta a los cinco días que no a los diez años, ¿no crees? Mejor perder cinco días que no años.

Suspiré.

—Eso sí.

—Además, teniendo en cuenta que nos hemos separado en nuestra luna de miel, igual no hace falta ni divorcio, igual se puede anular el matrimonio... menos papeleos, más rápido.

Cerré los ojos.

—*Oh sí*, sigue hablando...

Erik volvió a reír en mi oído, bajito.

—Pero todo eso es para cuando volvamos. Mientras tanto...

Le noté endurecerse detrás de mí.

—Erik, me vas a matar. A orgasmos.

Volvió a reír.

—Esa era la idea

Me besó, y sonreí debajo de sus labios.

Al final, y después de todo, estaba siendo la mejor luna de miel del mundo. Mucho mejor que la que había tenido hasta entonces. Adónde iba a parar.

—Espera —dije—. Antes de nada, hay una cosa que llevo queriendo hacer desde hace horas.

Cogí el móvil que tenía en una mesita al lado del jacuzzi, junto a la botella de champán. Lo sujeté con la pantalla hacia nosotros.

Erik adivinó mis intenciones.

—¿Esta foto va a salir de aquí?

—Esa es la idea...

Entonces me sujetó desde atrás y me puso un brazo sobre los pechos, para no enseñar más de lo necesario.

Enfoqué y disparé.

Miré el *selfie* y no pude evitar sonreír de oreja a oreja. Erik y yo, en el jacuzzi. A pesar del día que había tenido, estaba resplandeciente, con el pelo en un moño deshecho encima de la cabeza y sin maquillar. La mejor foto que me había sacado en mucho tiempo.

Erik estaba directamente comestible, con los pectorales y bíceps visibles, en toda su gloria.

—¿Qué te parece?—. Le enseñé la foto.

Sonrió mientras movía la cabeza a uno y otro lado.

—Que estás como una cabra. ¿Qué vas a hacer con eso?

—A actualizar mi estado de Facebook, si no tienes inconveniente...

La verdad es que no solía postear mucho. Pero casi todos los invitados a mi boda, al menos los de mi parte, estaban allí. Todos nuestros amigos comunes. Y George. Lo que menos me apetecía era tener que explicarme una y otra vez, cuando volviese. Así que decidí tomar un atajo...

Entré en la *app*. La última foto que había subido era de dentro del avión, rumbo a Aruba... Y era un *selfie* de George y mío.

Perfecto.

Subí la foto que acababa de sacar junto con un mensaje que decía “disfrutando mi luna de miel, y... ¡soltera de nuevo!”.

Se lo enseñé a Erik antes de darle a publicar.

—¿Soltera de nuevo? —levantó una ceja.

Me encogí de hombros.

Me cogió el móvil de las manos y empezó a teclear. Luego me lo devolvió.

Había añadido “pero no por mucho tiempo” al final del texto.

No pude evitar sonreír, con una sonrisa ancha, de oreja a oreja, como si tuviera una percha en la boca.

Le di a “publicar”, dejé el móvil apoyado en la mesita que había al lado del jacuzzi, junto con la botella de champán, y me di la vuelta.

Me senté a horcajadas sobre Erik, que rodeó mi cintura con sus manos. Puse una mano en su mandíbula y me acerqué a besarle.

—¿Qué te parece Las Vegas? —dijo.

Sonreí sobre sus labios.

—Me parece perfecto...

FIN

* * *

Pasa la página para leer el principio de “Romance en la Oficina”, la

primera parte de la trilogía “La Fiesta de San Valentín”.

AVANCE DE “ROMANCE EN LA OFICINA”

Normalmente no me gusta montar escenas, pero aquello era ridículo. ¿Quién se creía que era?

—Déjame pasar, Tim.

Mi compañero de oficina, por llamarle de alguna manera, me miró con una sonrisilla en la cara.

Estaba plantado en el vano de la puerta de la pequeña sala que utilizábamos para los descansos. Una máquina de café de cápsulas, un fregadero, una nevera enana donde la gente podía dejar su almuerzo, si quería. Una mesa barata con cuatro sillas, de las cuales tres cojeaban.

Un sitio para descansar la vista un rato del ordenador y beberse un café tranquila.

O eso pensaba yo hasta justo un momento antes.

Miré a Tim, el pelo escaseando en la coronilla, el traje azul de comercial que le quedaba una talla pequeño, los brazos cruzados sobre el pecho, bloqueando la salida con una absurda sonrisa de superioridad. No debía parecerle suficiente que le hubiese rechazado dos millones de veces. No entendía cómo no se daba por vencido. Igual no era suficiente con rechazarle una y otra vez. Igual tenía que deletreárselo. Despacio.

No sé qué se pensaba que era, la verdad.

Un playboy, o algo.

Por dios.

Iba a beberme un café tranquila sentada en la mesa mientras miraba el móvil, aprovechando que no había nadie, pero en cuanto le vi aparecer cambié de opinión.

Así que cogí mi taza con intención de llevármela a mi escritorio.

Si es que me dejaba pasar, claro está.

—Maya... —empezó a decir.

—¿Quítate de en medio, quieres? —dijo alguien de repente, de mal humor, desde fuera de la puerta—. Que se me va a pasar la hora del café

La dueña de la voz era Pati. No pude evitar sonreír. Asomé detrás de Tim, con su mechón fucsia en el flequillo y su mini estatura. Le llegaba a Tim por el hombro, pero eso no fue obstáculo para que mirase hacia arriba y le dijese con un tono de voz amenazante:

—Que te muevas.

Para mi sorpresa, Tim lo hizo. La miró con el ceño fruncido, luego me miró a mí, y se fue por donde había venido.

Seguramente estaba desconcertado y por eso se había dado por vencido tan fácilmente. Pati podía desconcertar a cualquiera, con su mechón rosa y su no andarse por las ramas.

—Dios, qué agonía de tipo —dijo mientras se lanzaba al pequeño frigorífico que había debajo del mostrador—. Como alguien se haya comido mi yogur griego con granola, me voy a cabrear —dijo, metiendo la cabeza dentro.

Dudaba mucho que nadie fuese a tocar un yogur con granola, sinceramente. Si se tratase de una Coca Cola o un sandwich con buena pinta, otro gallo cantaría. Ese tipo de cosas sí solían desaparecer.

De verdad, la gente no tenía respeto por las comidas ajenas.

Pati sacó su yogur, le arrancó el post-it que tenía puesto con su nombre y se sentó en una de las sillas cojas.

Empezó a comerse el yogur y me miró.

—¿Qué quería?

Encogí un hombro.

—Lo de siempre. “Quedar” —dije, poniendo énfasis para que se notasen las comillas habladas.

Levantó las cejas.

—¿Ahora lo llama así? —dijo, y se metió una cucharada de yogur en la boca.

Sonreí y me senté a la mesa. Ya no tenía que huir con mi café, de repente se estaba a gusto en la sala de descanso.

Entendía lo que quería decir sobre Tim. Tim La Comadreja, solíamos llamarle. Había tenido éxito al principio, con un par de despistadas que se habían tragado su cuento de “busco a alguien para sentar la cabeza” o “busco a

alguien que me entienda” (utilizaba los dos clichés indistintamente), y que además no sabían que estaba casado, pero a aquellas alturas todo el mundo le conocía, ya se había corrido la voz de que era una rata y ya nadie le tocaba ni con un palo.

En ese momento entraron por la puerta Bev y Fiona.

—Estábamos esperando a que se fuese Tim—dijo Bev, con su voz dulce y musical, mientras se sentaba. De repente se le iluminó la cara—. ¡Ja! Me ha tocado la silla buena.

Se refería a la única silla no coja.

Fiona se fue directamente a la máquina de café, supuse que para echarse el suyo y el de Bev.

Ya sabíamos lo que tomábamos todas, solíamos juntarnos a la hora del café, si coincidía que estábamos más o menos libres.

Bev, Beverly, era joven, unos 25 años, más o menos como Pati, pero bastante más inocente. Solía llevar el pelo rubio hiper planchado, liso a más no poder, con una diadema o simplemente la raya en medio, a veces con una coleta tirante, y era alta y delgada, como si fuese una modelo y se hubiese metido en el edificio de oficinas por error.

Fiona tenía treinta y seis y era la jefa del departamento. Pero no solo no se comportaba como tal cuando estábamos en los descansos o fuera del trabajo, sino que además era la mejor jefa que había tenido nunca.

Solía llevar unos trajes de chaqueta sobrios, que animaba con unos zapatos espectaculares que el resto de nosotras, pobres mortales, no nos podíamos permitir.

Se acercó a la mesa con dos cafés, uno para ella y otro para Bev.

—¿Qué vais a hacer por San Valentín?—preguntó Bev.

—¿Hay que hacer algo en especial? No es como si fuera año nuevo—dijo Fiona, un poco picada.

Fiona estaba divorciada desde hacía justo un año. Sabía la fecha porque había traído una tarta a la oficina la semana anterior.

Feliz primer divorsario, ponía en la tarta.

Como una cabra.

Desde entonces su exmarido se había vuelto a casar (con la mujer con la que se la estaba pegando, al parecer) e iba a tener un niño, pero a Fiona no parecía importarle en absoluto. Vivía su vida, era libre, estaba mejor que nunca, sola, y no solo lo decía constantemente, sino que además era verdad,

porque se notaba.

—Nosotros algo haremos, pero todavía no sé el qué. Charlie dice que es una sorpresa —Pati sonrió.

Con lo bruta que era, su prometido era un trozo de pan y además un trozo de pan superromántico. Pati era la persona menos romántica que había sobre la Tierra, pero le hacía gracia que Charlie lo fuese, así que le seguía la corriente.

La verdad es que se complementaban a la perfección.

—Maya... —empezó Bev de forma tentativa, mirándome, mientras Fiona le daba una patada por debajo de la mesa.

Maya era yo.

Suspiré. Era obvio que Bev iba a preguntarme a mí la siguiente, y era obvio también que se le había olvidado que ese año estaba sola, y Fiona se lo había recordado con la patada debajo de la mesa.

Hacía menos de un mes que había salido de una relación larguísima, diez años, prácticamente toda mi vida adulta, e incluso a veces a mí misma se me olvidaba que de repente estaba soltera.

Tampoco era que fuese a deprimirme, la verdad, porque nunca había hecho nada especial por San Valentín. Como no creíamos en esas cosas (o más bien Robert no creía, yo qué iba a hacer, no me había quedado más remedio que darle la razón), no lo habíamos celebrado nunca.

Así que los corazones, los anuncios, las tarjetas y los peluches me resbalaban, como si no fuera conmigo.

No habría estado mal un poco de romanticismo, tampoco, la verdad. Quizás esa era una de las cosas que habían hecho que la relación muriese de inercia y aburrimiento.

No me refiero solo a no celebrar San Valentín. También era no haber celebrado nunca nada: ni aniversarios, ni cenas románticas, ni nada de nada.

En fin.

Sí que lo echaba un poco de menos, la verdad. Aunque, ¿cómo podía echar de menos algo que no había tenido nunca?

A quien no echaba de menos era a Robert. Sinceramente, en lo único que notaba su ausencia era en que ahora tenía un montón de sitio más en el armario.

Me daba rabia los diez años desperdiciados, toda mi década de los veinte hasta los treinta, pero qué se le iba a hacer. Siempre he sido bastante práctica, no me gusta regodearme en lo que ya no tiene arreglo.

Le pegué un sorbo al café.

—San Valentín y sin pareja... —dijo Bev con un mohín de disgusto, removiendo su café. Fiona la miró sorprendida.

—¿Qué pasa, estamos en 1950 y no me he enterado?

—Pero me da igual —siguió diciendo Bev, como si no la hubiera oído, y demostrando que no le daba igual en absoluto—. Yo paso de todo este año, estoy harta. No me voy a pasar los próximos días corriendo de un lado a otro como pollo sin cabeza solo para conseguir una cita para pasar con alguien San Valentín. Me voy a apuntar a *zumba*. ¿Alguien se anima?

Sonaron tres “noes” a la vez.

—¿Entonces este año no vas a enviarte flores a ti misma como el año pasado? —preguntó Pati, con una sonrisa.

La pobre Bev hizo un puchero. De verdad, podían dejar de recordárselo alguna vez.

—La culpa no la tiene ella, la tiene la sociedad y sus absurdas expectativas, poniendo sobre nuestros hombros cargas inconcebibles —dijo Fiona.

Pati enterró la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, y fingió un ronquido.

En ese momento Marissa, de Marketing, entró como una exhalación en la sala de descanso.

—¡Chicas! A que no sabéis de lo que me acabo de enterar...

Miró alrededor y al ver que no tenía silla libre se sentó encima del mostrador.

—¿De qué? —preguntó Pati, rebañando su yogur con desinterés.

—¡Una fiesta de San Valentín!

Nos quedamos las cuatro paradas, petrificadas, mirando a Marissa. No se nos oía desde fuera, ¿verdad? ¿Cómo sabía de qué estábamos hablando?

Esperaba que fuese una casualidad...

Fiona carraspeó.

—¿A qué te refieres?

—Recursos Humanos ha decidido dar una fiesta, como en Navidad, pero de San Valentín, para animar a la gente... —frunció el ceño—. Yo creo que más que el romance y consolar a los que están solos, han tenido en cuenta que ha pasado ya más de un mes desde Navidades, estamos en mitad del invierno y la gente está gris y encogida. Necesitamos reavivarnos un poco.

—¿Y no se les ocurre otra cosa que dar una fiesta con corazones?

Dijo Pati, y eso era verdad. Era un poco —bastante—triste. Y en cuanto a

animar a la gente... a lo mejor, pero solo a lo mejor, servía para recordarles que estaban solos en la vida y que no tenían nada mejor que hacer que estar en una fiesta de la oficina en San Valentín.

Llámame loca.

—¡Globos en forma de corazón! —Marissa se bajó del mostrador de un salto—. ¡Gracias! Es una idea buenísima. Me han dicho que si puedo encargarme de la preparación, y por supuesto he dicho que sí.

—Por supuesto —dijo Fiona con sarcasmo, que le pasó totalmente por encima a Marissa.

Estaba pensando lo mismo que todas: y encima lo harás gratis. Pobre infeliz.

—¡Es fantástico! —dijo, ilusionada.

—¿Qué día es la fiesta? —preguntó Pati, estrujando su vaso de yogur vacío.

—El día 14 por la tarde, que cae en viernes.

Encima el mismo día de San Valentín. Eran unos genios.

—¿Y si tenemos planes? Es San Valentín, al fin y al cabo. Algunas tenemos una vida.

Marissa se quedó mirando a Pati y a su mechón de pelo rosa, como si le costase asumir que tenía algo mejor que hacer el día de San Valentín que quedarse a la patética fiesta de la oficina.

—Si tienes planes no tienes por qué quedarte, por supuesto —concedió por fin, con el ceño fruncido.

Luego nos miró al resto.

—¿Y vosotras? —preguntó mientras se le iluminaba la cara.

Miré a mis compañeras. Todas estábamos pensando lo mismo. Patética fiesta de oficina para gente soltera, desparejada o emparejada desde hacía tanto tiempo que ya no celebraban absolutamente nada.

Gente recién divorciada llorando encima de las mesas.

Pero por otra parte, viernes por la tarde. Y la fiesta era en la oficina. No era como si tuviéramos que movernos, o hacer algún esfuerzo...

Y al fin y al cabo, tampoco teníamos nada mejor que hacer. No teníamos planes.

Además, bebida gratis.

—Por supuesto —dijo Fiona—. Estamos emocionadas. Encantadas de asistir. No hay cosa que me apetezca más.

—¡Yupi! —Marissa juntó la manos y desapareció, prácticamente dando

saltitos.

—A veces me pregunto —dijo Pati, lanzando y encestando a la primera el vaso de yogur hecho un gurrúño en la papelera de la esquina— si esto es una oficina o un instituto...

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos.

—Una fiesta de San Valentín en la oficina. Dios mío, esa puede ser la peor idea que nadie haya tenido nunca —dijo Fiona.

A Pati le dio la risa.

—¿Tú crees? —preguntó Bev, tan cándida como siempre.

—A ver: junta el trabajo, la oficina, con estar solo en San Valentín. ¿Puede haber algo peor?

—Peor no lo sé —me terminé el café de un trago. Ya estaba medio frío—. Pero más patético, imposible.

—No sé, a mí me parece una idea curiosa —dijo Bev, incapaz de ver lo malo de la gente y de las situaciones.

—Joder, cómo me alegro de tener planes —concluyó Pati.

* * *



Lee el resto de “Romance en la Oficina” (La Fiesta de San Valentín 1) aquí:
[Romance en la Oficina](#)

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).

Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Trilogía “La fiesta de San Valentín”



No tener pareja el día de San Valentín no era gran cosa, o al menos eso pensaba Maya. Peor que estar sola era tener que ir a una fiesta de San Valentín en la oficina... la idea más horrible que se le había ocurrido nunca a nadie. Pero todavía peor que eso era emborracharse con vino barato, tropezarse con el dueño de la empresa y dar la peor primera impresión que una podía dar...

¿O no?

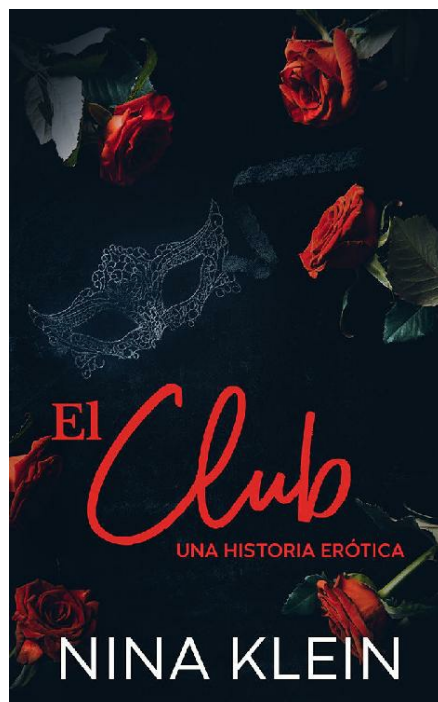
Todo lo que pasa en una fiesta de la oficina, se queda en la oficina...

O eso esperaba.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[El Club](#)



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojo de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

Llárame Amanda (El Club 4)

Noche de San Valentín

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín